

para el amante, un haz de luz, y él pudiera llegar hasta la cama sin humillación.

Se adormeció, se desveló, se retorció en ese tormentoso período que hace las noches interminables, hasta que se durmió con un sueño plúmbeo de enferma. Cuando volvió a despertarse, era de día.

Sin ahuecarse el pelo, sin mirarse al espejo siquiera, se puso una bata y corrió a la puerta del amante.

—¡Abrel

Silencio.

—Te ruego que abras.

Silencio.

—Te suplico que abras. Amor mío, no seas así.

Y se asió con sus dedos a la puerta, como a una tabla de salvación.

—Perdóname. ¿Qué te he hecho yo? ¡Te adoro!

Bajo la presión de su cuerpo, la frágil puerta pareció ceder.

Ella empujó más, con las dos manos abiertas, y se halló en el cuarto de Sketch.

Olor de agua de Colonia y de dentífricos al mentol: el lecho deshecho; el desorden desesperado de quien ha tenido prisa por desaparecer.

La amante volvió a su habitación muy despacio, muda, sin llorar, sin desgarrar pañuelos, sin romper botellitas de cristal.

Sacó de su caja de peines una lima finísima, de mango de marfil, y se puso a limar con cuidadosa diligencia la punta de una uña, arreglándola luego con el polisuar.

3

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTE ALCY, MEXICO

Dos formas humanas subían, en la pálida luz del amanecer, por un angosto sendero a media cuesta, que cortaba los brezos con sus arabescos caprichosos.

En el atajo de la montaña, como dos contrabandistas de amor, que llevasen la peligrosa riqueza de sus ilusiones, callaban al huir, para que su voz no los denunciase.

Pero ella, Méllita, que iba delante, parecía mercearse sobre sus propios tobillos, sonriente, como si el alma le centellease dentro, en voz baja, la canción de su juventud.

—¿Estás cansado, Mauro?—dijo burlonamente la muchacha reparando que le había *handicappato* algún paso.

Sketch sonrió y la siguió.

Se llamaba Mauro Mauri. Ciertos padres, en lugar de pedir perdón a sus hijos, por haberles dado el inútil regalo de la vida, se permiten estúpidas bromas e insulsas argucias con su nombre.

Mauro Mauri estaba sereno, como si su drama no lo llevase en la carne, ni le hubiese lanzado a un abismo. La angustia de la noche anterior se había aplacado milagrosamente, desliéndose en una especie de dulzura.

El mal le desgarraba las entrañas, pero él llevaba

lejos su mal, en un estado como de narcótico. Ciertos enfermos aceptan la muerte, con tal de irse a otra parte. y no piden más que una droga que les calme para el último viaje.

Sabía que la mujer perturbadora había velado inquieta, en espera de que él se presentase a besarle, como había sucedido en todos los casos idénticos, la gran cabellera destrenzada sobre la almohada y empapada en llanto. Pero él se había quedado absorto, en una abulia trasnochada, dentro de su cuarto, siguiendo en el oscuro fondo de la noche las dos lancetas fosforescentes del despertador luminoso, que se separaban, se perseguían, se juntaban y se montaban, señalando con su fósforo las horas.

No había dormido, para velar el sueño de su propia voluntad.

De pronto, en el primer vestigio de la aurora, se había levantado como los hipnotizados en estado de vigilia, había reconocido algún que otro objeto disperso, metiéndolo en un saco de excursionista, y había salido luego de puntillas, conteniendo la respiración para no despertar a su propia voluntad durmiente.

Mélitte, muy bella, muy rubia, plena de juventud, más fresca que un fruto, acariciada en sus cortos cabellos por el aire casi frío, aparecía equipada como para la montaña, con un largo jersey, de lana gruesa y ligera, a cuadros escoceses, sobre el modelo del *kilt* (1) que ondea en las rodillas desnudas de los *highlanders* (2) y evoca una nostálgica alegría de tambores y trompetas.

Y se habían puesto en camino, hablando a largos intervalos, de cosas ajenas a su locura.

—Mélitte, ¿qué ha metido usted en ese saco tan grande?

—Todo lo que usted no ha puesto en el suyo.

(1) Tonelete.
(2) Montañeses.

El ruido de los bastones herrados contra las piedras rimaba su andar. Mélitte, delante; Mauro, dos pasos detrás, inspeccionaba más que ella el camino; entre la cascada de oro, desordenada por el viento, y la camiseta de lana, se abría un paréntesis de carne, velada por el tenue rubio de un vago vello. En la transparencia del cielo, una guirnalda de nubes corría de aquí para allá.

Subieron una larga cuesta, vadearon el torrente espumeante, salieron al declive opuesto. Su paso por el centro de un grupo de casas, excitó la curiosidad de algunas caras sobre el umbral, de las puertas sombrías, y provocó una fuga de gallinas que picoteaban en torno a una fuente.

Y después otra vez la soledad.

Otro villorrio, con un pequeño camposanto y una turba de chiquillos persiguiéndose por entre las tumbas.

—En estas aldeas, los niños no tienen miedo a la muerte—observó Mauro, mirando a través de la verja.—Los niños, que están más próximos a la naturaleza que nosotros, tal vez tienen la oscura intuición de que los cementerios son laboratorios silenciosos donde la muerte se transforma en vida.

—¡Justo!—exclamó una voz desde dentro.

Era un viejo que cavaba una fosa. Y en lugar de cantar, como Hamlet, el sepulturero, bebía.

—¡Buenos días, maestro!—le saludó Mélitte, volviéndose hacia él.

El viejo (maestro, síndico, sepulturero y vigilante de la sociedad hidroeléctrica) apoyó el barbudo mentón en el mango de la pala y sentenció:

—No le tienen miedo a la vida, porque no saben que es un valle de lágrimas.

—Un valle de lágrimas canalizadas por tubos—dijo burlescamente Mélitte, señalando con el bastón las tuberías hidroeléctricas.

—Lagos, torrentes...—ilustró con pausado gesto el filósofo expedicionario.—Hay mucha agua.

—Pero se bebe poca—aseguró Mauro.

—¿Qué quiere usted? El médico me ha indicado que coma uvas, pero sin tragarme el pellejo ni los granos; yo le obedezco, y me tomo la uva sin granos ni pellejo, a los dos meses de haberla exprimido.

Méjitta echó atrás la cabeza, riendo como una chiquilla, y oyó sobre su tímpano el epigrafe, viejo:

*Un peu de fête,
beaucoup de deuil;
depuis un cercueil,
et la vie est faite. (1)*

—¡Exageraciones!—protestó; y, cogiendo a Mauro de un brazo, saludó graciosamente, y se volvieron al camino.

—¡Es simpático este embalador de cadáveres!

—Y simpático también el que le provee de ellos.

Una pequeña y blanca villa, con un balcón encendido por un enorme tiesto de geranios.

—Un médico—musitó Méjitta—más escéptico que tú. Tiene siempre preparadas tres recetas: para el mal de cabeza, para el mal de vientre y para todos los otros males. Cuando vienen a llamarle de noche, la mujer se informa, desde la ventana, de los síntomas de la enfermedad, y deja caer la receta correspondiente. A la mañana siguiente, el marido va con la mayor tranquilidad a casa del enfermo, diagnóstica, y si le parece que no va a salvarse, extiende sin más preámbulos el certificado de defunción y la autorización para sepultarlo, dejando en blanco la fecha, para ponerla cuando Dios quiera. Llevaban andando dos horas.

—¿Tienes hambre, Mauro?

(1) Un poco de fiesta;—un mucho de duelo;—después un ataúd:—esa es la vida

—Tengo sed.

—Andando, no se bebe.

Y adoptó un aspecto autoritario, arreglándose el nudo de la corbata.

—¿Quieres un bombón, Mauro?

—No.

—¿Quieres un beso?

—Sí.

—Es muy pronto. Estamos solamente a mil seiscientos metros de nuestra fuga.

Un rebaño de carneros apareció en una revuelta del camino. Algunos de ellos huyeron asustados: otros, muy pocos, se acercaron a Méjitta, que les convidaba con un reclamo especial, consistente en alargarles la mano cerrada. Rodeada en seguida, en vuelta, acosada por toda aquella lanosa masa de animales, sacó del equipo un gran pedazo de pan, que distribuyó entre los más audaces, sin tiempo apenas de partirlo.

Avides, infantiles, prepotentes, egoístas, los que se habían quedado detrás, abríanse camino, con el testuz, para llegar a la obsequiante. Y Méjitta reía con una risa voluptuosa, estremeciéndose al contacto de tanto hocico húmedo y casi dulce.

—No hay más—exclamó, alargando los dedos, y batiendo una palma contra otra, sobre todas aquellas cabezas de ávidos ojillos. Algunos se quedaron todavía mirándola, con su mirada lánguida, con su perfil semítico. Uno de los más pequeños, tieso sobre una roca, como un pisapapeles, se quedó inmóvil hasta que los dos misteriosos personajes desaparecieron a la vuelta de un montículo.

—¡Es delicioso el hocico de estos animales!—confesó Méjitta, lavándose la mano barnizada como de una materia viscosa en un arroyo claro.—Produce un estremecimiento singular en toda la piel al acariciarlo. Cuando yo era niña, me creía una pequeña degenerada, porque no comprendía la música, ni miraba los cuadros, porque los versos me daban risa,

y, por el contrario, gozaba hasta palidecer tocando ciertas sedas, ciertos frutos aterciopelados, ciertas cosas blandas y tibias y pegajosas, como el bello de los caballos. Acariciaba las plantas de nuestro jardín, en Calcuta, donde mi padre era cónsul, y me parecía acariciar las patas rugosas de un elefante, y me preguntaba cómo era posible que de un tronco tan grueso y vulgarote pudieran salir cosas tan delicadas como las flores y tan exquisitas como los frutos; acercaba la mejilla a la corteza como para averiguar tales misterios, y besaba los brotes húmedos, más tiernos que la boca de un niño. Mi pobre mamá decía siempre que yo tenía los ojos en las puntas de los dedos, como los caracoles los tienen en las de los cuernos.

Mauro callaba, bajo la fatalidad de aquel paseo suyo por la montaña, detrás de una niña tan sutil y tan rubia, que parecía una figura de la mitología del norte, como dicen aquellos que no conocen la mitología del norte ni la del sur.

No podía suponer siquiera cuál sería la meta. ¿Un valle? ¿Una ermita? ¿Una aldea en la otra vertiente?

—Admiro las alturas—confesaba él, irreverente—cuando están domesticadas por un funicular que llega hasta lo último. Comprendo las nieves perpetuas, pero cuando puedo contemplarlas desde la terraza de un hotel, sentado en un profundo sillón, con una humeante cafetera-filtro al lado, goteando sobre la taza, y entre las manos un artículo de Bergeret. Pero pelarse las piernas contra las rocas, colgarse sobre los abismos, dormir en cuevas, vestirse de equimosis, y volver congestionados, despelejados y calenturientos, me parece un sacrificio que las rocas, aun siendo vírgenes, y las nieves, por más perpetuas que sean, no merecen. Por otra parte, no hablemos del alpinismo señorial, elegante, pasional, melodramático, furibundo, con peligro de muerte en el programa... ¿Cómo tomar en serio el

pretendido fanatismo de esas elegantes señoras lánguidas, afectadas y empalagosas, que en la ciudad no suben a un entresuelo como no haya ascensor, que una pastilla de jabón se la hacen llevar a domicilio, y que, por el contrario, en el campo engullen kilómetros cuesta arriba, por senderos impracticables, con pesos inhumanos sobre la encorvada espina dorsal?

—Es preciso saber—sutilizó Mélitta, dándole el brazo y caminando a su lado—si esas gentes tienen su verdadera vida aquí arriba o en la ciudad. Puede suceder que, cansados de la vida ciudadana, al abandonar etiquetas y mojigaterías y subir a estas alturas se purifiquen; en tal caso, hallarán su vida y su alma en el oxígeno de los montes y no en el perfume de los salones. ¿Te parece ilógico? ¿Te parece absurdo? ¿Y no te parecen bellas las cosas ilógicas? ¿No es absurdo que tú y yo en este momento, nos encontremos en esta excursión?

Se detuvo, mirando el camino. Adelantó unos pasos y reconoció el suelo.

—Mauro—dijo, volviéndole las espaldas como para ofrecerle el saco:—¿ves las cintas? Suéltalas.

—Ya están.

—¿Qué hay?

—Chocolate.

—Coge el chocolate. ¿Qué viene luego?

—Té.

—Sácalo. ¿Qué viene ahora?

—Tintura de iodo, algodón hidrófilo, melocotones en almíbar.

—Fuera todo eso. ¿Y ahora?

—Una carpeta amarilla.

—Pues dame esa carpeta amarilla, y vuelve a meter los melocotones, el iodo, el algodón, el chocolate y el té.

Vuelto otra vez toda a su sitio, Mauro la besó en la nuca, mientras ella con cómica seriedad consultaba un plano militar.

—¡No distraer al Estado Mayor!

Y utilizada ya la carpeta amarilla, dióselas por detrás sobre los hombros.

—Mete también en el saco la carta topográfica. Y ahora sigamos. Por aquí.

Anémicos lagartos, agazapados bajo las piedras tibias por el sol, como sometidos a una cura de helioterapia, escapaban hacia sus viviendas.

—¿Y si nos sentásemos?

—Bueno, querido; así probaremos el melocotón en almíbar. ¿Lo has puesto muy en el fondo del saco? Aquí lo tengo. Deja: yo lo abro: es muy sencillo: ¡abierto! Busca unas cucharillas. Mira mejor. ¿Has visto cuánto hay? Empieza tú, que eres el invitado: abre la boca; quita las manos; ¿es bueno? Ahora yo. ¿Te sabe mal, goloso? Ahora tú. Ahora yo. ¿Te gusta el almíbar? ¡Oh, mira quién hay aquí. ¿Querrán picarnos? ¡Qué atrevimiento! Se ponen en el mismo borde del dulce.

—Son abejas de las colmenas próximas. Se trata de una comisión que tus hermanas, las castas bebedoras de rocío hacen salir a tu encuentro, para darte la bienvenida.

—Buenos días, señoras comisionadas. Podían haber delegado en dos reinas, y no en dos obreras.

—Es que se trata de una comisión obrera.

—Me inspiran poca confianza mis hermanas rubias. Entre las hermanas cabe hasta el fratricidio. Déjalas la lata y vámonos.

Roja y carnosa como un rododentro, una niña de tres años apareció sobre el umbral de su caverna troglodítica. La madre, en un altozano próximo, segaba cuatro espigas de centeno, nacidas como una limosna anónima, entre las piedras, sobre un páramo de estiércol.

La niña reía con la boca cortada en semicírculo sobre la cara redonda, semejante a una hucha.

—Una hucha que espera el óbolo de un confite.

Ni dió las gracias ni se llevó en seguida el

regalo a la boca, sino que se quedó inmóvil y contemplativa.

—¿Te lavan alguna vez la cara?—preguntó Mélitla bonachonamente.

—¡No!—desmintió la niña, rechazando desdeñosamente la calumniosa insinuación.

—Sigamos—rogó Mélitla.—¿Estás cansado?

—Yo no. Tú debes estarlo, tan frágil, diáfana, imponderable...

—¡Echa ahí! ¿Por qué no dices también impalpable, inmaterial, etérea?

—Si me viera precisado a cogerte entre mis brazos, tendría miedo de romperte.

—Me tratas como un vidrio grácil de Murano. Sin embargo, soy fuerte. Ya lo verás. Tengo voluntad para mí y para los demás.

—Pues yo no la tengo ni para mí. Carezco de voluntad, de decisión. Cuando yo sea rico, tendré a sueldo un hombre encargado de importarme su voluntad, de tomar iniciativas, de combinarme los viajes, de escogerme las corbatas, de mandarme a la cama. En vez de pagarme un siervo, me pagaré un tirano. Es mejor tener un tirano que un esclavo. Yo crearé que hago su voluntad, cuando en realidad haré la mía, porque a mi voluntad, potencial y amorfa, él le habrá dado forma y actualidad.

—¡Qué lenguaje más cabalístico!—susurró Mélitla.—Me recuerdas al senador de nuestro hotel, que cada noche se cuelga un plomito de cada palo de la barba, y duerme sentado, para no perder su aire de catedrático ni en el sueño. ¿Te he ofendido? Perdóname. Pero cuando me conozcas mejor, me comprenderás. Yo adoro a los ingenuos. Y los busco, en mis correrías; pero encuentro pocos; las criaturas excepcionales han llegado a ser ya tan comunes, que encontrar una mujer común es un caso excepcional; todos se precian de ser complicados y escépticos. Los escépticos me divierten un instante, pero después ya no les tolero ni una paradoja. El

escepticismo me parece una ingenuidad disfrazada, como la máscara de la ignorancia, y me causa tanta pena como la miseria de frac. Me gustan los ingenuos, los primitivos, los sencillos, los que leen presagios de muerte en la manera de hervir el café, los que adivinan el destino en las líneas de la mano, y los que sienten el mugir del océano en la cavidad de las conchas. No puedo sufrir a las señoritas de mi condición y mi edad porque todas tienen *pose*, porque todas poseen un alma en espiral, una psiquis laberíntica, la tragedia de no ser comprendidas. Y, por el contrario, ¡son tan necias! Y creyéndome yo también una incomprendida, las detesto por mi temor de parecerme a ellas.

—¿Por quién eres incomprendida?

—Por mi familia. Por eso me voy a dar vueltas por el mundo. Yo soy una infeliz: por eso me he acercado a ti, que no eres feliz.

Mauro quiso sentarse. Se descargó del saco y lo abandonó contra una roca. Tenía las manos frías, y los ojos escocidos y cansados, con una invencible tendencia a cerrarse.

—¡No duermas!—le dijo Mélitta.—¡No hay que dormir! ¡Muévete, habla!—añadió autoritaria. —Dime algo.

El espectro del mal de las montañas la espantaba. Estaban muy altos, en una garganta silenciosa, lejos de poblado, en una soledad de rocas y de áridas hierbas enanas, sobre un suelo calizo, con palidez de osario blanqueado, y bajo un sol tibio.

Mélitta se vió perdida, con aquel cuerpo inerte entre sus brazos.

A su alrededor, el silencio perfumado de menta silvestre, ajedrea y tomillo. Centenares de saltamontes grises describían desordenadas parábolas, y al saltar abrían sus alas, de un tono oscuro, para mostrar al sol, por un instante, sus ocultos atavíos azul y escarlata.

—Haz un esfuerzo, Mauro. Levanta. Quedan unos metros, y en seguida ya se baja.

Abrió los ojos, y, sin hablar, se puso en pie. Apoyado en el brazo de su compañera, subió, bamboleándose, hacia la cumbre, que parecía próxima, pero que se alejaba a cada paso. El que parecía último recodo del camino descubría otro más allá, que serpenteaba hacia el cielo, como si en su vértice no hubiera otra cosa que el azul y el abismo.

—¡Ya!—gritó la niña, respirando profundamente con la boca abierta.

Estaban en una altiplanicie, olorosa a vegetación varia y apretada, como la lana de un rico tapete de Esmirna, entrecruzado de hilos blancos, lleno de graciosos arabescos y policromías, que vistos de cerca descubren una geométrica simetría de pequeñas corolas, y un silencioso ofrecimiento de minúsculos cálices rebosantes de nectar.

—¿Ves allá abajo, en el fondo?

—Un lago. No parece más grande que un *tub* (1).

—¿Y aquel rectángulo blanco en la orilla?

—También lo veo. Parece una cabina.

—Es un pequeño hotel. Allí descansaremos.

Estaban juntos, en una esquina del tapete, donde empezaba el descenso: papeles de estaño, cáscaras de huevo, una caja de películas Kodak denunciaban el reciente paso por allí de un hombre civilizado.

¡Cuánto más ligero parecía el saco, y más fino el aire, a la vista de aquel azulado lago que por momentos ganaba en dimensiones y transparencia!

—Quisiera bebérmelo todo, con una paja, lo mismo que un refresco.

El vestido escocés de la muchacha, aquí y allá veteado de briznas y punteado de grapas, caía en bonitos y pesados pliegues sobre las piernas nerviosas que saltaban sobre las piedras, pendiente abajo,

(1) Cubo.